

EE.UU. Auster, Rushdie, Morrison alertan contra la neopolítica que atraviesa el país. Ninguno de ellos figura en la biblioteca de los votantes del magnate.

Una resistencia literaria repudia a Donald Trump



AP

Ganador. Salman Rushdie lo calificó de “depredador sexual” al que terminarían encarcelando “por abuso infantil”. Después de la victoria de Trump, el autor de los “Versos satánicos” se llamó a silencio.

ANA PRIETO

Entrevistado por la BBC cinco días antes de que Donald Trump ganara las elecciones presidenciales en Estados Unidos, el escritor estadounidense Paul Auster dijo que estaba viviendo “la campaña política más terrorífica” de su vida, y que todos sus conocidos estaban al borde del colapso nervioso. Consciente de que pertenece a la “elite despreciada” por buena parte de los votantes del republicano, a quienes describe como medularmente racistas, agregó: “Hoy estamos tan divididos como lo estábamos cuando estalló la Guerra Civil en 1861. Las dos partes de este país no pueden dialogar más. Yo ya no puedo escuchar lo que dice la derecha, me vuelvo loco”.

El autor de *La trilogía de Nueva York* no es el único escritor que acaba de atravesar la campaña electoral “más terrorífica” desde que tiene edad para votar. Stephen King, especializado en historias escalofriantes de alcance masivo, dejó claro en su cuenta de Twitter que sus lealtades no se inclinaban hacia el candidato republicano. “¡Voten!”, instó a sus más de dos millones y medio de seguidores el 8 de noviembre. En la madrugada del 9, cuando el triunfo de Trump parecía irreversible, el autor de *El resplandor* avisó que se alejaría de la red por un tiempo, no sin antes citar, a modo de lección, las inscripciones que suelen leerse en los bazares: “Si lo rompes, lo pagas”.

Salman Rushdie, el célebre escritor nacido en la India en 1947, se nacionalizó estadounidense tras casi dos décadas de vivir en Nueva York y ejerció, entusiasta, su flamante derecho al voto. En sus redes sociales hizo una continua y apasionada campaña en favor de Hillary Clinton, usó

el hashtag #ImWithHer (“Estoy con ella”) y afirmó que Trump era un “depredador sexual” al que terminarían encarcelando “por abuso infantil”. Desde que su candidatura perdiera las elecciones, el autor de *Los versos satánicos* está sumido en un ininterrumpido silencio digital.

La elite literaria nacida o radicada en Estados Unidos se agarró durante meses la cabeza ante el fulminante ascenso del millonario neoyorquino. Por eso, y a manera de acción colectiva, decidió publicar en mayo la “Carta abierta a nuestros compañeros estadounidenses”. Entre otros, se sumaron Tobias Wolff, Dave Eggers, Nicole Krauss y Stephen King, además de diez ganadores del Premio Pulitzer, incluyendo a Jennifer Egan y Junot Díaz. En la misiva –breve, por cierto– podía leerse que los firmantes, en tanto escritores, eran “particularmente conscientes de las muchas formas en que el lenguaje puede ser abusado en nombre del poder”. También se leía que “el ascenso de un candidato político que deliberadamente hace un llamamiento a los elementos más viles y violentos de la sociedad (...) exige de cada uno de nosotros una respuesta inmediata y contundente”. El grupo de autores entendió que esa respuesta contundente era oponerse a la candidatura misma de Trump a la presidencia de los Estados Unidos. Es decir, excluirlo, sin más, del proceso democrático.

Por razones así el bosnio-estadounidense Aleksandar Hemon, autor de cuatro novelas (todas traducidas al español) y de relatos publicados en *The New Yorker* y *The Paris Review*, decidió no firmar la Carta abierta. No solo le resultó incómodamente antidemocrático demandar que Trump se bajara de su candidatura, sino que le pareció un pedido curioso por parte de escritores que se habían interesado

muy poco en expresar la vida política de los Estados Unidos en sus obras.

“Uno tiene dificultades para recordar una novela que haya abordado con fuerza las iniquidades de la era posterior al 11 de septiembre”, escribe Hemon. “Las mentiras, los crímenes, la tortura, el colapso financiero, sin mencionar la complicidad de los estadounidenses en todas esas glorias, incluido el hecho de que Bush tuviera altos índices de aprobación en la víspera de la invasión de Irak. Si algún historiador futuro intenta determinar qué ocupaba la mente de los escritores estadounidenses desde el comienzo del milenio, encontraría pocas huellas de Bush, o Irak, o Abu Ghraib, o Cheney, o el colapso financiero, o incluso de cualquier política”.

En la edición de la semana pasada, el semanario *The New Yorker* publicó dieciséis textos sobre Trump, surgidos de la pluma de escritores de ficción y no ficción como Evan Osnos y Toni Morrison. El eco de las observaciones de Aleksandar Hemon resuena en esos ensayos breves, en los que la constante es el desconcierto por los resultados electorales. Las líneas no contienen hallazgos memorables ni perspectivas demasiado originales acerca de la trama compleja que resultó en el ascenso de alguien como Trump, ni por qué es tan irresistible para el electorado estadounidense.

Puede que la elección de un candidato mediático racista que vive en un penthouse dorado y que tendrá los códigos nucleares a partir del 20 de enero de 2017, sea lo que necesita la literatura estadounidense para crear, eventualmente, otros *La conjura contra América*, o *La carretera*, las emblemáticas novelas de Philip Roth y Cormac McCarthy, retirados ya de las letras.

CONTEXTO

Sin tiempo para ser correctos

“Creo que el gran problema de este país es ser políticamente correcto. Mucha gente me cuestiona pero francamente no tengo tiempo para ser totalmente correcto. Y para ser honesto con ustedes, este país tampoco tiene tiempo”. Eso dijo Donald Trump (y fue ovacionado) durante el primer debate de las elecciones primarias republicanas en agosto de 2015, cuando sus apariciones todavía provocaban incredulidad y vergüenza ajena y faltaban largos meses para las elecciones presidenciales. Hoy sus detractores dejaron de reír, e intentan digerir la idea de que el multimillonario no ganó a pesar de su incorrección política sino, y de manera manifiesta, gracias a ella.

Para el próximo ocupante de la Casa Blanca, utilizar el lenguaje de la “corrección política” no supone situarse en una de las conquistas de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, sino perder el tiempo en trabajosos eufemismos. No es formar parte de la batalla contra usos culturales que marginan y demonizan a comunidades enteras, legitimando y perpetuando las injusticias que se cometen contra ellas, sino esconder “aquello que todos piensan pero que nadie se atreve a decir”. No es avalar la violencia, el rechazo y la sospecha (“los mexicanos son violadores”; “los musulmanes ponen bombas”), sino velar por la seguridad nacional. Y en virtud de ese desenfado, Trump disfrutó de horas de publicidad gratuita en canales de cable y sitios web, dentro y fuera de EE.UU. Según el *New York Times*, el republicano se ahorró unos dos mil millones de dólares en atención mediática gracias a sus declaraciones chocantes y sus flagrantes mentiras. Durante la campaña que lo llevó a la presidencia, la ex estrella de *El aprendiz* puso a trabajar toda su comprensión de lo que se necesita para no pasar desapercibido en televisión.

Pero Trump no inventó nada. Más bien reavivó una discusión que se mece en las conciencias y disputas culturales estadounidenses desde hace décadas: la así llamada “corrección política”, ¿pertenece al ámbito del respeto o de la autocensura?; ¿de la consideración o de la mordaza?; ¿del enaltecimiento de la diversidad o de la superficialidad y el sometimiento? Esos debates continuarían con o sin Trump (tanto en la calle como en los campus universitarios, donde con frecuencia han caído en posiciones extremas y poco fructíferas), pero para él la “corrección” no es parte del esfuerso, siempre corregible, por construir una sociedad más igualitaria, sino una debilidad que interfiere en su deseo de “hacer a Estados Unidos grande de nuevo”.

A.P.